

Y LA UNA NO SE MUEVE SIN LA OTRA: DESCOLONIALIDAD, ANTIRACISMO Y FEMINISMO. UNA TRIEJA INSEPARABLE PARA LOS PROCESOS DE CAMBIO

Yuderkys Espinosa Miñoso¹
treintay2@yahoo.com

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Fecha de recepción: 11 de mayo de 2013
Fecha de aceptación: 30 de junio de 2013

Resumen

«Y la una no se mueve sin la otra» es un texto de 1979 de Luce Irigaray, esa feminista francesa de la diferencia que gracias a la dependencia noreurocéntrica que produce la colonialidad del saber tuvo una influencia importante en el pensamiento y la práctica de varias de las feministas radicales y autónomas de Abya Yala. Me ha gustado volver a este título que de alguna forma condensa, en la sublimación del amor a la madre, la vieja idea feminista de un atávico vínculo entre mujeres que habría que recuperar y fortalecer. En la idea de Irigaray, como en la de casi todo el feminismo que he conocido hay esta concepción de que la destrucción del patriarcado solo es posible desde el reconocimiento y encuentro con la *otra igual*.

Palabras claves: feminismo latinoamericano, mujeres, América Latina, El Caribe

Abstract

«And one does not move without the other» is a text of 1979 Luce Irigaray, the French feminist of the difference thanks to the noreurocéntrica dependence producing the coloniality of knowledge had an important thought influence and practice of several of radical feminists and autonomous Abya Yala. I liked this title again that somehow condenses in the sublimation of love to the mother, the old feminist idea of an atavistic link between women who would have to recover and strengthen. Irigaray on the idea, as in almost all the feminism that I have known there's this notion that the destruction of patriarchy is only possible recognition and equal encounter with the other.

Keywords: Latin American feminism, women, Latin America, the Caribbean.

¹ Docente, ensayista y activista feminista. Investigadora adscripta al Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Universidad de Buenos Aires. Fundadora-Coordinadora del Grupo Latinoamericano de Estudios, Formación y Acción Feminista (GLEFAS)

Como ya vengo sosteniendo en trabajos anteriores (Espinosa, 2010; 2012) idea de una hermandad asentada en una identidad y una experiencia que supone común (gracias a esta identidad), y más allá de la coincidencia dentro un horizonte utópico, ha terminado siendo a fin a los intereses del grupo de las mujeres que cuentan con privilegios de clase y raza. Pero además, añadido, ha conspirado, por lo mismo, en la expansión y el fortalecimiento de la razón colonial en la medida en que esta *mujer* del feminismo ha sido concebida desde los intentos de interpretación de su opresión hasta los programas liberatorios dentro del proyecto ilustrado de la modernidad occidental. Es por ello que cuando a través del título de este trabajo invoco el tropo feminista de una identidad común desde cuyo reconocimiento caminaríamos juntas hacia la liberación, lo que busco es intervenir en este armazón argumentativo que ha sido central a todos los feminismos conocidos, con el propósito de minarlo y colocar en su lugar un nuevo referente: lo que considero la nueva tarea teórica y desafío práctico feminista, al que varias de nosotras estamos abocadas.

Este desafío consiste en avanzar en el convencimiento de la inseparabilidad e imposibilidad de compartimentación de la opresión ya que el sexo binario (y la relación heterosexual que alimenta), la raza y la clase se co-constituyen complejamente dentro de una matriz de opresión/dominación producida dentro del proyecto moderno colonial (Lugones: 2012). El desafío consiste, pues, en llevar hasta sus últimas consecuencias la idea de que la lucha contra el (hetero)patriarcado moderno no puede hacerse sino desde una apuesta antirracista, descolonial, anticapitalista; y viceversa: que es imposible, como vienen señalando las compañeras feministas descendientes de pueblos originarios en Abya Yala, que el proceso de descolonización se lleve a cabo sin un atentado contra el patriarcado capitalista, tanto como es imposible acabar con el racismo sin luchar al mismo tiempo contra el régimen de género heterosexualista y contra el capitalismo, como lo vienen sosteniendo desde los setentas las feministas y lesbianas feministas negras y de color en los EEUU, y como lo venimos sosteniendo el movimiento de mujeres negras y el feminismo antirracista en América latina.

En este sentido, la segunda parte del título pretende irrumpir en el *sino* feminista clásico y su recorrer histórico, para obligar a un viraje. Un hacer y un pensar propio reclamado desde el lugar de subalternidad, que estalla y refunda la tradición de pensamiento que recoge, a manera de ejemplo, el título del viejo trabajo de Irigaray. La apuesta de reconocimiento de esta tradición de la que todas las feministas hemos de alguna forma

bebido es, a la vez que irreverente, denunciante y antagonista de la dependencia y colonialidad del saber que la infundió de verdad y razón.

En este trabajo quiero volver sobre la cuestión de lo que se ha dado a conocer como la perspectiva de la interseccionalidad, que prefiero nombrar, siguiendo a Hill Collins (1998), como matriz de opresión/dominación. Así, me propongo en este ensayo seguir examinando algunas de las preocupaciones respecto de la manera en que el feminismo ha trabajado la opresión basada en la idea de diferencia sexual (como ficción reguladora y productora de materialidad) de forma separada e independiente a lo que considera otras formas de opresión/dominación. El proyecto forma parte de un programa más amplio de crítica y reconstrucción que dado los límites extensivos de esta publicación no podré desarrollar aquí. Dado el contexto particular desde donde se me invita a desarrollar mis ideas, el proceso de cambio dentro del proyecto revolucionario socialista en Venezuela, abierto por Hugo Chávez, he decidido ocupar las próximas líneas a un análisis de la manera en que las feministas marxistas socialistas han teorizado la relación género-clase desde finales del siglo XIX y los problemas que veo allí, problemas, que en pos del programa transformador al que se abocan las feministas articuladas al chavismo, deberíamos estar en capacidad de poder resolver, evitando así la repetición de errores.

UN PREÁMBULO NECESARIO: DE LA RESISTENCIA A LA CRÍTICA COMO OBSTÁCULO

Llama la atención como a pesar de todas las revisiones a que ha sido sometida la categoría de género, y particularmente la categoría «mujeres», se nos hace obvia la dificultad real que ha tenido la teoría y la política feminista para abandonar, incluso desde posiciones críticas, la comprensión euronorcentrista de interpretación del mundo, de manera que, aun críticas a la universalidad, la seguimos reproduciendo dentro de un pensamiento que acepta sin más la clasificación social y con ello la compartimentación de la dominación y la opresión.

Sostengo que aun cuando de varias maneras la clase ha sido discutida por las feministas anarquistas y socialistas; el racismo y la clase por las feministas no blancas; y aunque hemos intentado sistemáticamente colocar la opresión de género en las luchas de las izquierdas contra el capitalismo, y en las luchas de los movimientos antirracistas, ello, sin embargo, no ha impactado de forma contundente el armazón conceptual que busca explicar la opresión y la dominación de «las mujeres» y mucho menos ha impactado de forma radical en nuestras estrategias de acción y nuestras prácticas políticas. Así mismo, toda la vuelta posestructuralista sobre el sujeto del

feminismo aunque asestó un duro golpe a la carga ontológica que la propia modernidad y el propio feminismo lo había sometido, no pretendió ni buscó traspasar los límites de esta tradición de pensamiento occidental, negando y ocultando, una vez más, la vía de cuestionamiento ya abierta por el feminismo no blanco, que llevaba a conclusiones parecidas aunque desde una mirada imbricada de opresión.

Esta imposibilidad de la gran teoría feminista de abandonar su mirada universalista y avanzar en una explicación compleja de la trama de opresión, a mi modo de ver ha tenido que ver con:

- 1) la reticencia a abandonar los viejos marcos interpretativos hegemónicos sobre los que se ha sostenido la teorización y la práctica feminista. Esta reticencia se sustenta en lo que nombraré como un «racismo del género». Una imposibilidad de la teoría feminista de reconocer su lugar de enunciación privilegiada dentro de la matriz moderno colonial de género, imposibilidad que se desprende de su negación a cuestionar y abandonar este lugar a costa de «sacrificar», invisibilizando diligentemente, el punto de vista de «las mujeres» en menor escala de privilegio, es decir las racializadas empobrecidas dentro de un orden heterosexual;
- 2) los límites de la mirada impuesta por occidente que da un tratamiento especializado, compartimentado, clasificatorio de los fenómenos sociales impidiendo ver su interdependencia o conexión profunda de modo que es imposible su desglose y disyunción. Este límite opera a niveles tan profundos que continúa actuando aun dentro de marcos analíticos que pretenden superarlo. Así, si bien las feministas marxistas y anarquistas desde principios de siglo XX ya han intentado dar cuenta de la opresión específica de las mujeres dentro del capitalismo e, incluso, dentro del programa del socialismo real, ellas no han podido desmarcarse de esta mirada categorial dominante (Lugones) que tematiza paralelamente la opresión de clase y la opresión de género operando cada una como sistemas autónomos o, en todo caso, uno subsumido al otro –con grandes debates respecto de cuál es más antiguo y general y cuál el subsidiario dependiente del primero. Del mismo modo, el movimiento de feministas negras y de color, y los más recientes y en plena conformación, feminismo comunitario que llevan adelante feministas indígenas, y feminismo descolonial que llevan adelante voces feministas contrahegemónicas afrodescendientes, indígenas, mestizas en Abya Yala, han tenido que

vérseles con este problema gracias a la herencia de la tradición occidental de interpretación del mundo que han bebido dentro del movimiento feminista. Es por ello que, aun en disputa con el feminismo clásico blancoburgués y aun intentando teorizar la complejidad de la trama de poder, las feministas no blancas y de origen subalterno no hemos podido librarnos total y definitivamente de este tratamiento compartimentado y/o paralelo de la opresión. El intento de superar este tratamiento nos ha llevado a proponer diferentes metáforas descriptivas del modo en que se articulan, imbrican, eslabonan, entroncan o intersectan lo que hemos interpretado como «los diferentes» regímenes y/o categorías de opresión.

- 3) El aún escueto y preliminar campo de producción de ideas en esta línea de trabajo e investigación, dado los dos puntos anteriores, que obstaculiza, retrasando, la profundización y ampliación de esta crítica y esta propuesta de comprensión. Así, como siempre señalo a mis estudiantes, colegas y compañeras de activismo podríamos decir que, en vías de construir este nuevo marco analítico, apenas estamos en pañales y por delante nos queda mucho por hacer sobre todo cuando pensamos que se trata de una tarea de reconstrucción epistemológica de todo lo que hemos sostenido hasta ahora para explicar el porqué y el cómo de la opresión. Esta labor, estoy más que convencida, deviene pues en sí misma en un programa liberador, si es que habremos de llamarlo así, en la medida en que requiere un compromiso amplio que invoca y nos involucra a todas las que estemos dispuestas, cuestionando así la clásica división entre mundo del pensar y mundo de la experiencia, desnaturalizando, en un gesto profundamente descolonizador, la apropiación por parte de una pequeña elite adiestrada en los estándares modernos occidentales de construcción de conocimientos, la capacidad de producir saber sobre nosotres mismas y el mundo en que habitamos.

Debo decir, entonces, que esta tarea tiene fines prácticos ineludibles que no deberían ser desatendidos por el programa ya que no hay otro propósito que nos guíe: se hace preciso decir que mi tarea reflexiva es un ejercicio que siempre se da dentro de un compromiso con la praxis, un interés más allá de toda duda de fortalecer y hacer efectiva la acción transformadora.

EL FEMINISMO MARXISTA: EL GÉNERO NOS UNA LA CLASE NOS SEPARA

A modo de ilustración del problema al que nos enfrentamos, quiero traer aquí un episodio del que fui testigo cuando un grupo de feministas de origen subalterno al no concedérsele un espacio dentro de un congreso de estudios de género, decide intervenir el acto inaugural del mismo presidido por una mesa de académicas feministas de mayor o menor prestigio internacional dentro del contexto latinoamericano. La intervención de las jóvenes activistas concentrada en denunciar los privilegios de clase, raza y heterosexualidad de quienes coordinaban el evento así como de sus invitadas y argumentado la necesidad de que la teoría feminista comenzara a dar cuenta de estas diferencias entre las mujeres, para mi sorpresa despertó una fuerte sensación de incomodidad cuya respuesta beligerante no se hizo esperar. Desde un auditorio repleto de estudiantes, cuerpo docente interesado y alguna que otra activista, la coordinación del evento y las invitadas internacionales llevaron a cabo una operación despiadada de destitución del habla y legitimidad de la denuncia señalando entre otras cosas que era un grave error conceptual intentar desconocer la subordinación de género que unía a las mujeres. A modo de remate una académica de origen español remarcó que era una falta de conocimiento histórico olvidar que el feminismo desde sus inicios pensó la cuestión de la clase en conjunto con la opresión «femenina» dentro de la sociedad capitalista mediante el discurso de las anarquistas y las socialistas.

Al margen del espanto que produce siempre la violencia epistémica, que por cierto, se repite por doquier y cada vez con mayor frecuencia en la misma medida de la rebeldía subalterna, lo cierto es que tuve a bien reconocer que el último de los alegatos tenía algo de verdad, por lo que podría, como en esta ocasión, ser usado como argumentación para deslegitimar y menospreciar los intentos pasados y actuales de desarrollo de una perspectiva subalterna crítica a la teoría feminista clásica y las apuestas prácticas que de allí se desprenden. En ese momento entendí que en primer lugar, el trabajo de enfrentar el andamiaje teórico conceptual producido por la Gran teoría feminista nos coloca en el desafío de enfrentar su arrogancia y prepotencia, mismas que han caracterizado a la tradición moderna occidental de construcción de saber, en la que el feminismo se ha encargado diligentemente de ocupar ya un espacio. En segundo lugar, el episodio señaló, entonces, un problema a resolver: en pos de legitimar la tarea de revisión y reconstrucción a la que nos hemos avocado las feministas antirracistas y descoloniales deberíamos poder recoger los intentos anteriores de producir una comprensión de la subordinación de las mujeres que

abandonara la causa única para dar cuenta multidimensionalidad de la opresión.

Así habría que dar cuenta, por ejemplo, de la diferencia entre, por un lado, el pensamiento de las feministas anarquistas de finales del siglo XIX y los esfuerzos, ya avanzando el siglo XX, de las feministas marxistas por desarrollar un corpus teórico conceptual que explicara conjuntamente la clase y el género desde el método materialista de la historia y, por el otro, la perspectiva desarrollada por el feminismo negro y de color en los EEUU desde mediados de los 70, y el pensamiento de las mujeres afrolatinoamericanas desde finales de los 80 en América latina.

Retomando a Heidi Hartman sostenemos que:

«El análisis marxista de la cuestión de la mujer ha adoptado tres formas principales. Todas ellas ven la opresión de la mujer en nuestra conexión (o en nuestra falta de conexión) con la producción. Al definir a la mujer como parte de la clase obrera, estos análisis subsumen la relación del obrero con el capital. En primer lugar, los primitivos marxistas, incluidos Marx, Engels, Kautsky y Lenin, pensaban que el capitalismo arrastraría a todas las mujeres hacia el trabajo asalariado y que este proceso destruiría la división sexual del trabajo. En segundo lugar, los marxistas contemporáneos han incluido a la mujer en el análisis de la «vida cotidiana» en el capitalismo. Dentro de este punto de vista se supone que todos los aspectos de nuestra vida reproducen el sistema capitalista, y que dentro de este sistema, todas somos trabajadoras. Y en tercer lugar, las feministas marxistas se han centrado en el trabajo doméstico y su relación con el capital, manteniendo algunas que el trabajo doméstico produce plusvalía y que las amas de casa trabajan directamente para los capitalistas.» (Hartman, 1980: 3).

Hartman recuerda que en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Engels sostenía que el problema de la inferioridad de la mujer era su dependencia al varón paterfamilia dentro de la propiedad privada y que una vez se daba el paso al trabajo asalariado se garantizaba la destrucción de las relaciones patriarcales. La autora señala que en este enfoque el problema de las mujeres quedaba subsumido a la lucha de clases y así se obviaba la cuestión feminista: «cómo y porqué es oprimida la mujer como mujer» (ibid:4).

De acuerdo a su crítica este primer marxismo no pudo dar cuenta que dado que el capital y la propiedad privada no explican la opresión de la mujer por ser mujer su fin no provocaría por sí solo el fin de la opresión. Siguiendo este enfoque, un segundo modelo marxista anclado en el análisis de la vida cotidiana aceptaría que el patriarcado es anterior al capitalismo pero mostraría su reconfiguración bajo el capital. Así una autora como Zaretsky se dedica a ilustrar cómo el capitalismo no ha significado la incorporación de la mujer al trabajo en igualdad con el hombre. Ello se debe a que se ha producido una separación entre el mundo público y privado y las mujeres recluidas en el último han quedado excluidas del trabajo asalariado.

El problema que ve Hartman en el análisis de autoras como Zaretsky es que aunque parten de la tesis feminista de que el patriarcado es anterior al capitalismo al final concluyen afirmando que tanto la mujer como el hombre trabajan para el capital desde sus espacios diferenciados y forman parte de la clase obrera ya que son explotados igualmente. Desde el punto de vista de Hartman esto elude el problema principal que no se trata de la división del trabajo sino de la posición de superioridad y subordinación en que se ubican varones y mujeres. Para la autora, contrario a lo que afirma Zaretsky, la mujer trabaja para el hombre aunque también reproduzca el capital. Finalmente, Hartman argumenta que las feministas que analizan el trabajo doméstico, como Mariarosa Dalla Costa, terminan subsumiendo la lucha feminista en la lucha contra el capital. Muestra que ellas están preocupadas por reivindicar el valor y la plusvalía que produce este trabajo y terminan exigiendo su remuneración, pero, sin abandonar la centralidad del capital, no son capaces de mostrar el papel que éste juega en mantener la subordinación de las mujeres y la supremacía masculina (íbid: 4-7).

Aunque Hartman está más preocupada porque las feministas marxistas no terminan, según ella, de adoptar un compromiso con teorizar la opresión de la mujer por ser mujer, o sea por explicar «las relaciones entre el hombre y la mujer» (íbid: 8), su caracterización así como su preocupación sirve a los fines de mi análisis en cuanto además de mostrar los modelos más comunes del análisis marxista de la opresión de las mujeres, avanza en las perspectivas feministas que adscriben al marxismo como método de análisis social. De esta manera podemos observar los feminismos preocupados por la relación o el lugar de las mujeres dentro del programa socialista y los feminismos que se valen del materialismo dialéctico «como método para analizar la naturaleza específica de nuestra opresión» (Mitchell, 1977, citada por Hartman ídem: 9). Aunque la autora no pasa a señalar nombre que ejemplifiquen el primer grupo, nos arriesgamos a ubicar en el muchas de las feministas socialistas marxistas desde finales del siglo XIX y principios

de siglo XX con una adscripción a los partidos: como Clara Zetkin, Aleksandra Kollontái, Flora Tristán; dentro del segundo, podemos incluir las feministas materialistas, desde francesas radicales como Chistine Delphy, Collette Guillaumin, Nicole Claude Mathieu y Monique Wittig, hasta autora radicales en los EEUU como Juliet Mitchell y Shulamith Firestone. Todas ellas, guardando diferencias muchas veces profundas, han buscado explicar la causa de la subordinación/opresión de las mujeres dentro del capitalismo o se han valido del método materialista para explicar el surgimiento del patriarcado.

Sin entrar en un análisis detallado de los importantes aportes del feminismo marxista es importante señalar lo siguiente:

1. En su esfuerzo por tematizar el análisis de la opresión de clase y de género se han preguntado sobre todo cuál es la opresión primera y cómo esta dio paso a la segunda opresión y han interpretado desde un punto de vista crítico la función crucial que juega el mundo de la reproducción, en manos de «las mujeres», en el sistema capitalista.
2. Han trabajado activamente en la interpretación, ampliamente aceptada, de que la causa fundamental que explicaría la opresión de las mujeres es la división sexual del trabajo, o sea, la producción dentro de las sociedades desarrolladas de dos esferas independientes: la pública, destinada a la producción, sobrevalorada, asalariada y en manos de los varones; y el mundo privado de la reproducción, minusvalorado, no asalariado y en manos de las mujeres. Parte de su labor ha estado destinada a demostrar lo productivo de las labores consideradas reproductivas, señalando su utilidad para el capitalismo pero también han abonado ampliamente la tesis de que la incorporación de la mujer a la educación y al trabajo asalariado sería una de las vías principales para acabar con la opresión y ganar autonomía.
3. Aplicando el método marxista las feministas materialistas francesas han podido anticiparse a un tratamiento no esencialista del sujeto mujeres del feminismo. Al pensar la diferencia sexual como hecho ideológico que surge de una relación de poder (hecho material), este feminismo pudo evadir y cuestionar la naturalización del género y del sexo mismo. La dialéctica sirve a este feminismo para argumentar que las relaciones entre los sexos es una relación ente clases antagónicas, la clase de sexo, y proponen una «naturaleza específica de la opresión de las mujeres: la apropiación» (Guillaumin, 2005 [1978]: 22).

No es mi pretensión entrar en los debates y el amplio recorrido de este feminismo recogido ya en una vasta literatura disponible². Más bien nos interesa acercarnos para observar específicamente la manera en que estas feministas han teorizado la relación clase y género, la forma en que han pensado el sistema patriarcal y el capitalista y su vinculación. ¿Qué límites vemos en estos intentos de conceptualizar la opresión de las mujeres dentro del sistema capitalista, articulando un análisis que toma en cuenta las relaciones de género y el sistema de clases?

En primer lugar, no podemos dejar de mencionar aunque no lo desarrollemos en este momento, lo problemático de que una buena parte de las feministas marxistas sobre todo aquellas comprometidas con la praxis del socialismo, han acatando la interpretación marxista lineal de la historia que coloca a Europa, su recorrer histórico y su programa liberador como el camino a seguir. Con ello, este feminismo ayudó a instalar y propagar, con la excusa de la liberación de las mujeres, la mirada occidental como marco universal de interpretación y comprensión de la sociedad. Este feminismo no se ha preguntado, o lo ha hecho poco, la colonialidad del saber. Con pocas excepciones, incluso al teorizar la mujer de la clase obrera, no ha dado cuenta de la dependencia ideológica de los feminismos del sur a los del norte, ha pasado por alto el hecho colonial y sus efectos sobre la vida de las mujeres, así como los procesos históricos disímiles en que se encuentran las mujeres del tercer mundo. En gran parte se ha intentado aplicar la interpretación marxista y feminista clásica sin tomar en cuenta las importantes diferencias históricas que nos marcan como pueblos colonizados.

Por otro lado, podemos decir sin temor a equivocarnos que el feminismo marxista en pocas oportunidades ha podido superar la visión compartimentada de la opresión. Para éste feminismo el sistema capitalista de clases y el sistema patriarcal de género operan autónomamente uno del otro y con una coherencia interna particular. Aun cuando la teorización ha tendido a subsumir en muchos casos el sistema de género al de clase, esto, en general, tiende a ser visto como un problema y se busca y espera lograr marcos interpretativos que permitan explicar el sistema de género en su especificidad y como unidad analítica de sentido.

A nuestro modo de ver el problema de la teoría crítica desarrollada por el feminismo socialista y marxista refiere a que ha aceptado sin más, o

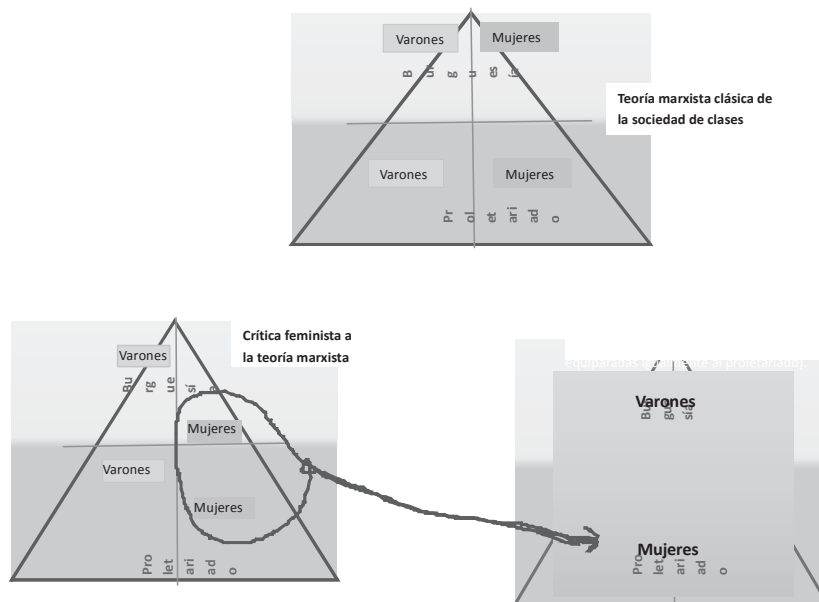
2 Para un acercamiento general a los aportes y debates del feminismo socialista y marxista ver: De Miguel (2007), D'Atri (2004), Carosio e Vargas (2011). Sobre feminismo materialista: Curiel y Falquet (comp.) (2005).

deberíamos decir, ha sido parte activa en la elaboración de las premisas básicas de la teorización feminista blanca de corte occidental que utilizó en su tarea de explicar la opresión de las mujeres desde un punto de vista de clase o valiéndose del método materialista. Sin negar que las nuevas interpretaciones que desarrollaron fueron de gran aporte tanto a la teoría feminista clásica, que se vio ampliamente enriquecida, como al proceso de revisión al que fue sometida la teoría marxista y que concluyó ampliando su restringida perspectiva de corte economista-universalista, lo cierto es que esta teorización no puso en cuestión las claves de lectura que explicaban la causa de la opresión de las mujeres en el mundo contemporáneo. Si bien se puede rastrear históricamente tensiones importantes entre las feministas marxistas y liberales, cuánto que las primeras consideraban enemigas de clase a las últimas y señalaban que éstas no tomaban en cuenta la problemática de las mujeres trabajadoras, lo cierto es que en lo concreto compartieron interpretaciones básicas sobre el problema de las mujeres, así como una parte importante del programa liberador. El feminismo marxista, igual que el liberal, aun desarrollando argumentaciones distintas, compartieron un modelo de interpretación donde la categoría de género opera como unidad analítica paralela a una de clase. No importa si en algunas interpretaciones «el proletariado» tanto como «las mujeres» están ambos igualmente oprimidos por las estructuras del sistema capitalista, o si en otras el sistema de género logra una especificidad de manera tal que «la mujer es oprimida por ser mujer» y se analiza una naturaleza específica de su opresión, independiente de lo que explicaría otros sistemas como el de clases o el de razas.

El problema que veo en estos tratamientos es que por una parte se ha aceptado el género como sistema universal de clasificación social basado en la interpretación de un sexo que se asume natural o no, como en el caso de las materialistas, y, por otro lado, basado en esta idea, se ha interpretado a las mujeres como grupo específico con determinadas capacidades que terminarían siendo explotadas por el capitalismo y/o el grupo de los «varones».

No importa la tesis que se sostenga para explicar «el problema de las mujeres», la relación entre los géneros aparece siempre operando autónomamente como unidad específica más allá de la clase o incluso borrando o sobreescribiendo la clase. Así, llevando esta argumentación a su extremo, las mujeres parecerían un grupo dotado de una especificidad que las descuajadas de la estructura de clases, y de hecho, con las feministas materialistas francesas, terminarían convertidas en «otra» clase: «la clase de sexo» (Guillaumin, 2005 [1978]).

Un intento de ilustración del tratamiento feminista marxista del sistema de clase y el sistema de género:



Es interesante la manera en que esto ha ocurrido. Lo primero es universalizar la clasificación dicotómica de sexo para pensar cualquier sociedad y dar por sentado entonces que siempre hay relaciones jerárquicas de género. Lo segundo fue avanzar hipótesis que explicaran el origen universal de este dominio de un sexo sobre el otro y aplicarlas de forma general. Lo tercero fue intentar una explicación en términos del método marxista o en términos de sus principales hipótesis sobre el desarrollo y la evolución de la propiedad privada y la sociedad de clases. Con ello, el modelo explicativo general «de género» se lo intenta engarzar dentro del modelo explicativo general «de clase» o viceversa: al modelo general que explica «la subordinación de las mujeres por ser mujeres» se le añaden definiciones que señalarían la existencia de subconjuntos de las mujeres con niveles de especificidad dentro de la explicación general. De esta forma cuando las socialistas intentan hacer una lectura de clase de la opresión de género, lo hacen en términos de su compromiso con las «mujeres trabajadoras». En sus contiendas y divergencias con el feminismo liberal hablan de doble y triple carga de trabajo de la mujer proletaria que no son tomadas en cuenta por las demandas de este feminismo (De Miguel, 2007; Carosio y Vargas, 2011). Sin embargo cuando estas feministas dialogan con el partido o cuando

construyen sus tesis explicativas asumirán la especificidad de las mujeres como grupo particular, apropiándose del tratamiento universalista que han criticado al feminismo liberal y al marxismo mismo.

La frase «las mujeres son las proletarias del proletariado», de Flora Tristan, ilustra el problema que advierto. Si bien ella es una comprometida con el avance del proletariado internacional y la causa socialista, si eso la hace comprometida en el «entrecruzamiento entre la opresión de clase y la opresión de sexo y género» ella no logra dejar de hablar a nombre de las «mujeres» como grupo particular más allá de la clase. Su fórmula termina pensando las mujeres como grupo monolítico a la sombra del proletariado que se supone, entonces, compuesto solo de varones. La frase ilustrativa de este tratamiento categorial dominante (Lugones, 2008) tan característico a la teorización y la política feminista, termina convirtiendo a todas las mujeres en subordinadas de todos los hombres, o lo que es lo mismo decir cualquier mujer siempre está por debajo de cualquier hombre. La clase queda en suspenso dentro de este esquema sino es que ya la mujer, como hemos dicho queda por fuera del sistema de clases. Como vemos al fin, no se ha logrado efectivamente avanzar en explicar la manera en que clase y género se afectan entre sí provocando cambios importantes en la concepción que manejamos de cómo se produce la opresión y la forma en que se condicionan históricamente.

Habrà que hacer un estudio más minucioso de este problema dentro del feminismo marxista, pero me atrevo adelantar que en el sentido de lo que me interesa demostrar, esta teorización no permitió impactar en el tratamiento universalista y homogéneo de la categoría mujer. El eslogan que suele aparecer en algunas movilizaciones públicas: «el género nos une la clase nos separa» muestra lo problemático de este tratamiento: afirmar que el género nos une más allá de la clase (que nos separa) es un buen ejemplo de la dificultad a la que nos enfrentamos. La frase afirma la autonomía del género con relación a la clase al tiempo que parece negarla. Clase y género se nos muestra en una tensión constante que la teorización no logrará explicar y que se resolverá de forma precaria en la práctica a través de la escisión de la lucha que llevará a la supresión o priorización de una sobre otra o al doble activismo. ¿En qué ocasión apelo al género como «unidad de las mujeres» abandonando los intereses de clase que «nos separan»? ¿Es esto posible? ¿Y son de distinto corte mis intereses de clase que me separan del resto de las mujeres, del corte que me une a ellas en una lucha común? ¿Cómo se resuelve en la práctica política? ¿De qué forma estos intereses desencontrados terminan interfiriendo en el programa transformador «común de las mujeres»?

A MODO DE CONCLUSIÓN: QUIÉN DIJO QUE ERA SIMPLE

«Sentadas en Nedicks
las mujeres se reúnen antes de marchar
hablando de las problemáticas muchachas
que contratan para quedar libres.
Un empleado casi blanco posterga
a un hermano que espera para atenderlas primero
y las damas no advierten ni rechazan
los placeres más sutiles de su esclavitud».
Audre Lorde

Como ya anunciaba al inicio de este ensayo, el proyecto de revisión crítica al que me acojo deviene de mi compromiso teórico político con continuar la tarea explicar la opresión en términos complejos y no compartimentado. Lo hago bajo el convencimiento que de ello dependerá la posibilidad de una política que atienda a por un lado, a desmontar las categorías universalistas sobre la que hemos producido la unidad feminista, y, por el otro, a cuestionar no solo la opresión sino el privilegio dentro de estas categorías, puesto que mientras este último se mantenga es imposible un proyecto realmente transformador.

Este convencimiento fue el que logró aglutinar al grupo de pensadoras activistas del movimiento feminista de color y el feminismo negro en los EEUU³, así como muchas de las apuestas de las mujeres y feministas afrodescendientes e indígenas en Abya Yala. Gracias al mismo ellas han podido señalar desde mediados de los setenta: la forma en que el género, la raza, la clase y la norma heterosexual actúan articuladamente, redefiniéndose entres sí.

Retomando el tema que nos ocupa, quiero proponer que el giro que inaugura este feminismo subalterno solo fue posible gracias a que ellas logran conceptualizar e introducir la categoría de raza como categoría histórica que viene a jugar un papel crucial en la acumulación y expansión capitalista y que permite comprender la opresión que sufren una buena parte de las «mujeres», opresión de la que la teoría feminista clásica ni el feminismo de corte marxista, al pensar a las mujeres como clase o grupo particular han podido dar cuenta. Las feministas negras y de color nutridas

3 Entre otras: La Colectiva del Río Combahee, Angela Davis, Gloria Anzaldúa, Cherry Moraga, Cheryl Clarke, bell hooks, Juanita Ramos, María Lugones, Patricia Hill Collins, Kimberly Crenshaw, entre otras...

por la experiencia del separatismo y nacionalismo revolucionario negro y chicano, bebieron de una teoría marxista radical y revisitada que pudo relacionar clase y raza de manera efectiva. Esta relación permitió reparar en el sujeto subalterno producido por la expansión del capital a través de la empresa colonizadora, un sujeto racializado a efectos de justificar la superioridad europea y que la teoría marxista no pudo teorizar sino limitadamente gracias a su fuerte compromiso con el programa moderno, Este sujeto político producido por la categoría de raza debatirá el eurocentrismo epistémico y el proyecto colonialista y expansivo de Europa denunciado por autores claves como Franz Fanon, Aime Cesaire, entre otros. Desde allí fue posible comenzar a pensar una «diferencia» con el sujeto europeo de la emancipación y dentro del programa político del socialismo internacional.

Lo cierto es que desde finales de los setenta se ha experimentado diferentes nomenclaturas y metáforas que permitieran nombrar y desarrollar un modelo adecuado de interpretación de la manera articulada en que opera la opresión para una buena parte de las mujeres: «Eslabonamiento», «simultaneidad», «imbricación», «articulación», «casa de las diferencias», «interseccionalidad».

El manifiesto de la Colectiva del Río Combahee proclamará en 1978:

«La declaración más general de nuestra política en este momento sería que estamos comprometidas en la lucha contra la opresión racial, sexual, heterosexual y clasista, y que nuestra tarea específica es el desarrollo de un análisis y una práctica integrados basados en el hecho de que los sistemas mayores de opresión se eslabonan. Como negras, vemos el feminismo negro como el lógico movimiento político para combatir las opresiones simultáneas y múltiples a las que se enfrentan todas las mujeres de color» (1988 [1978]).

Sin embargo, de todas estas propuestas de interpretación, será los análisis más académicos de Patricia Hill Collins, con su propuesta de «matriz de dominación», y el de Kimberly Crenshaw, con su propuesta de «interseccionalidad», los que alcanzarán mayor notoriedad y difusión en los últimos años.

En América Latina, el panorama analítico no fue muy distinto. El movimiento de mujeres negras y antirracistas, lideradas, inicialmente, por feministas afrobrasileñas, a la que luego se le unieron caribeñas y centroamericanas, han seguido los pasos del movimiento más viejo en los

EEUU y adoptando esta perspectiva interseccional más basada en la denuncia y la lucha contra una discriminación que se considera específica. Por su parte, en los últimos años ha cobrado vida un movimiento cada vez más amplio de feministas indígenas articuladas en torno a la idea de que no hay descolonización sin despatriarcalización. Su contribución al debate no se ha dejado esperar y hoy contamos con varios trabajos que intentan desarrollar su crítica al feminismo occidental al tiempo que recuperar teorías y saberes de diferentes orígenes.

A manera de esbozo, nos atrevemos a señalar que el punto al que ha llegado avanzar la teorización feminista antirracista respecto de cómo opera la matriz compleja y articulada de dominación muestra que (1) aunque hemos avanzando en el convencimiento de que el género no es suficiente para explicar la opresión de las mujeres y que este está imbricado con raza, clase y sexualidad, no hemos logrado abandonar la mirada categorial que produce estos conjuntos cerrados, independientes y homogéneos de opresión. (2) la crítica realizada por el feminismo negro y de color, y las feministas indígenas en Abya Yala aunque contribuye a desinstalar el andamiaje teórico conceptual producido por la teoría feminista clásica, sin embargo, no ha logrado difundirse e impactar a todos los niveles de la teoría y la práctica feminista como mucho lo que ha logrado producir es un campo especializado de construcción de conocimientos y ha impactado en las instituciones como campo especializado de prácticas: digamos que el resultado ha sido producir un sujeto visible interseccional.

Ante este panorama desde hace algunos años un grupo de feministas racializadas y mestizas adoptando un punto de vista subalterno⁴, hemos venido trabajando en la produciendo de un marco de mirada desde un compromiso con la acción que continúe avanzando en este camino de comprensión de la unidad de la opresión desde una apuesta antirracista y descolonizadora. El programa que venimos desarrollando se centra ya no en una interrelación o unidad de las luchas sino en una comprensión de la unidad de los regímenes de opresión, de una imposibilidad de un tratamiento separado de la opresión.

Los cierto es que en el momento actual estoy más que convencida que un feminismo que no atente contra su propias bases modernas coloniales, un feminismo que no entienda que el racismo queda implícito

4 Entre ellas Breny Mendoza, Ochy Curiel, Karina Ochoa, Yuderlys Espinosa, María Lugones, Aura Cumes, Rita Segato. Las pimeras cuatro formamos parte del Grupo Latinoamericano de Estudio, Formación y Acción Feminista (GLEFAS): www.glefas.org.

en su propio programa de liberación no nos sirve en nuestra proclama de transformación del mundo todo de la vida. Las mujeres y feministas racializadas, las afrodescendientes y las indígenas sabemos que no hay un programa principal al que adscribir porque sabemos que dentro de esta matriz de dominación los privilegios o las liberaciones ganados por sujetos políticos dentro de luchas compartimentadas implica que ello se convierta en una nueva opresión para otras/os. Ese programa debe atender a desandar las profundas raíces modernas que lo implican en la continuación del racismo y el capital como cuestiones cosustanciales a la matriz de opresión.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Carosio, A., y Vargas, I. (2011). *Feminismo y socialismo*. Venezuela: Fundación el perro y la araña.
- Combahee River Collective (1988). «Una declaración feminista negra», en: Cherríe Morraga y Ana Castillo (eds) *Esta puente mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*. San Francisco: Ism press.
- Curiel, O., y Falquet, J. (Comp.) (2005). *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas*. Buenos Aires: Brecha Lesbica.
- Davis, A. (1981). *Mujeres, raza y clase*. Madrid: Ediciones Akal.
- De Miguel, A. (2005). «La articulación del feminismo y el socialismo: el conflicto clase-género» en De Miguel, A. y Amorós C. *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización*. Madrid: Minerva Ediciones. 295-333 pp.
- (2007). «Feminismo Moderno» en *Los feminismos a través de la historia*. Capítulo II. Disponible en: <http://www.mujeresenred.net/spip.php?article1310>
- Espinosa, Y. (2010). «Etnocentrismo y colonialidad en los feminismos latinoamericanos: Complicidades y consolidación de las hegemonías feministas en el espacio transnacional». En *Feminismos latinoamericanos, Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, N° 33, Vol. 14. Disponible en: <http://www.scielo.org.ve/pdf/rvem/v14n33/art03.pdf>
- (2012). *¿Por qué es necesario un feminismo descolonial? Diferenciación, dominación co-constitutiva y fin de la política de identidad*. Texto aun sin publicar presentando en la conferencia del mismo nombre en la Universidad Nacional de Colombia.

- Fanon, F. (1963). *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica. Disponible en: http://www.pyprey.com.ar/archivos/2010/frantz_fanon.pdf
- Guillaumin, C. (2005 [1978]). «Practica del poder e idea de Naturaleza» en Curiel, Ochy y Falquet, Jules (Comp.) (2005). *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas*. Buenos Aires: Brecha Lesbica. Pp. 19-56.
- Hartman, H. (1980). «Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo» en *Papers de la Fundació* N° 88. Disponible en: <http://www.fcampalans.cat/archivos/papers/88.pdf>
- Hill Collins, P. (1998). «La política del pensamiento feminista negro», en: Marysa Navarro, Catherine R. Stimpson (comps), *¿Qué son los estudios de mujeres?*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lugones, M. (2008). «Colonialidad y género». En *Tabula Rasa*, Núm. 9, julio-diciembre, 2008, pp. 73-101. Disponible en: http://www.glefas.org/glefas/files/biblio/colonialidad_y_genero_maria_lugones.pdf
- Paredes, J. (2010). «Hilando Fino desde el Feminismo Comunitario». En Yuderkys Espinosa Miñoso (coord.) *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*. Vol. 1. Buenos Aires: En la frontera.